

que su negativa en responder, y se preguntaban qué objeto llevaria en esto.

A Marcial no le quedaba mas que decir, y el presidente iba á nandar que se llamase á Diana, cuando parándose Asthon, dijo:

—Disimule vd., señor presidente, hablando con la misma calma, deseo saber si el llamado Valeriano, que segun consta de la acta de acusacion, me introdujo en casa de Madama de Kermie, ha sido preso.

—No ignora vd. que no ha podido encontrarsele, contestó el presidente, y que se fugó en la noche misma del atentado. Acaso pudiera vd. decirnos donde se le podrá hallar.

Asthon se sonrió con desprecio y añadió.

—Señor presidente, por muy doloroso que fuese para la señorita de Chivry el interrogatorio porque va á pasar, deseo que sea lo mas completo posible, y que cuanto pueda acriminar al reo quede asentado en esta declaracion. No olvide vd. que mi defensa me da derecho á ello, y que necesito saber con precision qué es á lo que tengo por último que contestar.

Esta peticion seguramente era extraordinaria. Sin embargo, dejaba á todos los espíritus en el mismo estado de ansiedad é incertidumbre. El presidente no respondió y la señorita de Chivry fué introducida; aunque ciega sentia de cuanta atencion llena de interes estaba cercada; la respiracion agitada de los concurrentes que interrumpia solamente el profundo silencio que sobrevino al entrar ella, llegaba á su oído y le parecia como otras tantas miradas que hubieran turbado á otra menos infeliz. Por otra, parte el que ve puede cerrar los ojos para no mirar á quien le está viendo, mientras que por su desgracia Diana no podia remediar el que sus oidos percibiesen que la miraban.

La mandaron sentar, y terminadas las primeras preguntas acerca de su nombre y edad, llegó el presidente á la pregunta de costumbre: ¿Reconoce vd. al reo? pero se contuvo, y cambiando la cuestion, dijo;

—Si hablase el acusado, reconoceria vd. su voz?

—Desgraciadamente sí, contestó Diana.

—Lenordo Asthon, hablad al tribunal, dijo el presidente.

Leonardo movió la cabeza en señal de negativa.

En este momento solemne esperado con tanta impaciencia, esa negativa pareció tan criminal é insolente, que el murmullo de descontento estalló de todos lados con una violencia que hizo sonreír á Leonardo y aterrorizó á Diana. Parecía que el presidente volvía á consultar á los consejeros sobre este acto de insolente rebelion, y él mismo dijo con una viveza que traicionaba profunda conmocion:

—Basta.... nosotros juzgaremos esta causa señores; seria un recurso demasiado fácil para escapar del castigo y de la vergüenza el que adopta este hombre.

Y comenzó el presidente el interrogatorio de Diana con una voz conmovida que hacia tanta indignacion cantra el culpable como piedad por la víctima. Figúrese el lector qué efecto produciria la triste historia de Diana, relatada por esta misma jóven hermosa, cuyas lágrimas y sollozos interrumpian á cada instante sus palabras.

En cuanto á Leonardo, la escuchaba como los demas con los ojos fijados tristemente sobre ella; y luego que llegó á tocar esa misteriosa visita en que un desconocido le habia prometido el auxilio de Leonardo Asthon, estendió su mano hácia ella, como si hiciese un juramento tácito de cumplir la palabra que le habia dado. Este ademan pasó casi desapercibido, tanta era la atencion que llamaba el relato de la pobre ciega.

No bien hubo concluido, cuando el abogado de Leonardo á quien éste acababa de mandar un billete, suplicó al presidente que preguntase al testigo si, durante su permanencia en casa de Madama de Kermie, se habia ausentado á veces Leonardo por dias enteros.

—Jamás, contestó Diana, porque yo he pasado á su lado casi todos los dias.

—Preguntad al testigo, añadió el abogado, si se ha quejado Leonardo alguna ocasion de una herida que no estaba aun cerrada entonces, y le hacia padecer mucho?

—Nunca, respondió Diana.

No volvió á preguntar mas el abogado; y

volviéndose el presidente hácia Leonardo le dijo con voz severa, como si contase con otra negativa: ¡Sin duda no tiene vd. ya qué decir!

Asthon vaciló, su rostro, tranquilo hasta aquí, se cubrió de una repentina palidez. Pero dominó su emocion, y pasándose del banco respondió con voz firme:

—Se engaña vd, señor presidente, ya es tiempo que hable y me justifique.

Al oír el acento de esta voz, se levantó Diana de su asiento, y escuchando en su derredor con un aire de extravió, exclamó:

—Quién ha hablado, ¡Dios mio! quien ha hablado!

—El reo, contestó con gravedad, el presidente.

—¡Pero qué reo! repitió ella con estrépito.

—Leonardo Asthon.

—¡Leonardo! exclamó Diana, pero si no es él.... no es esa su voz.... es la del desconocido que fué á verme y me prometió que Leonardo Asthon me devolveria la honra.

—Pero ese desconocido es el mismo Leonardo Asthon, dijo el presidente.

—No, prosiguió Diana, no es él..... no es aquel á quien amé.

—No, no soy yo, dijo tristemente Leonardo.

—No es él quien me ha desonrado y abandonado.

—No, no soy yo quien hubiera traicionado y abandonado á vd., replicó Leonardo, y á pesar de esto yo soy Leonardo Asthon.

—¡Pero si no es él! repetia Diana delirando. Os repito que no es él.

Este incidente habria caído en medio de aquella causa como un torrente de luz que la iluminaba con un brillo enteramente nuevo. Por tanto se comprenderá fácilmente cuales serian el desórden, el espanto, el asombro, y el extremo de sentimientos que debieron apoderarse naturalmente de todo el concurso.

—No es posible, gritaba Mr. de Chivry, es una impostura. Diana, Diana, vuelve en tí, recuerda, reconoce su voz. ¡Ah! hablad,

hablad pues! prosiguió dirigiéndose á Leonardo; hablad, para que ella os reconozca!

Y Diana no repetía mas que esta palabra; ¡no es él!

—¿Pues quién es el criminal? dijo el presidente, mostrando con esta exclamacion involuntaria cuanto habia cambiado su conviccion entera en un instante.

—Solo Dios lo sabe, dijo Leonardo, mas yo tenia el mayor empeño en probar públicamente mi inocencia. No ignoro lo que son las suposiciones malévolas de las gentes. Si lo que acaba de pasar delante de todos estos señores, hubiese quedado encerrado en el gabinete de un magistrado, créame vd., Mr. de Chivry, que habrian atribuido á su conducta y á la mia interpretaciones muy desfavorables para vd. y para mí. Hubieran dicho que habia vd. guardado silencio por temor de revelaciones de malas consecuencias. En cuanto á mí habria salido de esta acusacion con mi honor manchado por las sospechas infames acerca de la inocencia de vuestra hija, porque ella es inocente á mis ojos y á los de todos,

no es verdad! Mil murmullos afirmativos contestaron á esta interrogacion de Leonardo.

Mr. de Chivry ocultaba su cabeza entre los brazos de Marcial, á la vez que Diana, arrodillada delante de su padre, lloraba anonadada y sin fuerzas.

Es preciso poner término á esta escena horrible, dijo el presidente. . . . Mr. de Chivry, puede vd. retirarse.

—No, respondió Leonardo, no he dicho todo aún.

Estaba tan buen mozo, tan noble, tan triste, parado sobre el banco de los acusados, que todos callaron y lo escucharon, incluso Mr. de Chivry. Luego continuó dirigiéndose á los jueces.

—Desde hace mucho tiempo hubiera podido defenderme, señores; habria hecho comparecer á los fieles servidores que me ocultaron en su cabaña en la misma época en que un infame manchaba mi nombre con un crimen, y al médico que me curaba por estar herido entonces é incapaz de salir. Con

estos datos, mi justificacion se hubiera completado seguramente mediante la confesion de esta desventurada; pero no habriais oido esta confesion en toda su verdad, como ahora que ella misma me ha vindicado. Por este motivo no he querido hablar, y por lo mismo necesitaba de su confesion para justificarme.

—Oh! exclamó Mr. de Chivry, no bastaba á vd. haber matado á mis dos hijos, para que necesitase á mas de esto el resentimiento de una injuria tan cruelmente vengada, el que nos hiciese vd. pasar aquí por una nueva vergüenza! Ah! Bien caro nos cuesta, caballero, la honra de vuestro nombre!

—Es porque la honra de este nombre no puede ser á vd. indiferente, señor contestó Leonardo con voz conmovida. Oígame vd. bien: un error fatal le privó de sus hijos, pero á los ojos de Dios y de los vuestros soy inocente de su muerte; y á pesar de esto, juntamente con el dolor de su perdida han dejado á vd. una hija deshonrada: ahora bien, yo le prometí que Leonardo Asthon le devolveria la honra, si era posible, y esta

promesa la cumpliré, si vd. consiente en ello. Yo apartaré de ella esa nueva desgracia que agobia á su familia; y en cambio de la sangre que yo derramé inocentemente, ofrezco á vd. reparar el ultraje que yo no le he inferido. En nombre de Leonardo Asthon, deshonraron á la hija de vd.; pues ese mismo nombre es el que le ofrezco para que lo lleve y la realze.

—Ah! exclamó Mr. de Chivry á quien esta proposicion conmovia y admiraba, si bien no se sentia capaz de aceptarla; ah! el asesino de mis hijos no puede ocupar su lugar.

—Quien devuelve á vd. la honra de su hija bien puede llamarse hijo de vd., señor conde; pues no hay crimen entre nosotros, sino una desgracia inprevista é inevitable.

Se retiró Mr. de Chivry con sus hijos sin contestar; y pocos instantes despues, habiéndose desistido de la acusacion el procurador del rey, fué pronunciada la absolucion de Leonardo.

—Por segunda vez salió Leonardo del tribunal, y á poco ra o tambien, por segun-

da vez, lo abordó un hijo de Mr. de Crivry; era Marcial que ofreciéndole la mano le dijo:

—Sea cual fuere la resolución que tocante á vd. tome mi padre, basta que vd. haya querido devolver la honra á mi hermana para que sea vd. mi hermano.

XVI.

A los tres meses de este suceso, y muy entrada la noche ya, se celebró en la iglesia de San Pedro el casamiento de Leonardo Asthen con Diana de Chivry. Solo Marcial asistió al mismo, porque su padre no habia querido presenciar esta ceremonia.

Desde entonces hasta el dia de su muerte no volvió á ver á su hija ni á su yerno, si si bien les habia perdonado. Niugun acontecimiento extraordinario vino á turbar, no diré la felicidad, sino la pureza de esta union. Sin embargo, una noche que Dia-

na estaba sola con su marido en un palco de la ópera italiana, entro en otro vecino á éste un jóven que hablaba recio, se reia y bromeaba. Al oír esta voz dió Diana un grito, un temblor convulsivo se apodero de su cuerpo, y cubrió su rostro una palidez mortal.

Por un movimiento tan rápido como el pensamiento, se colocó Leonardo entre su mujer, y éste jóven que se inclinó inútilmente para ver á esta dama, jóven tambien cuya hermosura le habian celebrado sus vecinos. Luego que dicho jóven se retiró de su palco que fué á los pocos minutos, salió tambien Leonardo, diciendo tranquilamente á su mujer que ya volvia, porque tenia que hablar con un amigo á quien acababa de ver en el teatro. Siguió al jóven hasta la sala de descanso y acercándose á él y mirándole cara á cara le dijo:

—He oido bien al ver que llaman á vd. Mr. de Purières?

—Este es mi nombre.....

—Donde se puede ver á vd.

—En todas partes, contestó Arturo con

arrogancia, asombrado del tono en que se le hacia esa pregunta.

—En este caso, nos veremos mañana á las seis en Vineennes.

—Y á quien tendré el honor de esperar?

—Al caballero Leonardo Asthon, contestóle éste al oido.

—Mr. de Purières se quedó como una estatua. Luego volvió Leonardo al lado de su mujer y nunca estuvo con ella mas tierno y obsequioso. Ella seguia temblando, pero él fingia no advertirlo.

En fin, cuando entró en su cuarto á las nueve de la mañana siguiente, la halló enferma; una fiebre bastante violenta la habia atacado.

—Has pasado mala noche Diana?

—Una noche terrible.

—No has dormido?

—No.

—Por qué?

—Oh! contestó con espanto, es porque en la noche me ha perseguido una voz.

—La que tú oiste anoche?

—Pues que lo notaste?

—Sí..... y de quién era esa voz?

—Oh! esa voz, dijo Diana cayendo de rodillas esa voz es

—Cállate no la volverás á oír! contestó Leonardo.

—Cómo! exclamó Diana.

—Lo he matado.

—Diana inclinó la cabeza, y jamas preguntó por el nombre de esa persona, ni tampoco Leonardo se lo dijo.

FIN.

MERCEDES.

I.

¡Cuán bella la hizo el cielo! su rostro, de una blancura mate, resplandecía bañada en la refulgente lumbre que se desprendia de la aureola de virginal pureza que la circundaba; sus ojos negros y rasgados robaron su luz al lucero de la mañana, su cabello negro tambien bajaba en elegantes rizos á besar su cuello de alabastro y sus espaldas móvidas y contorneadas; su talle era esbelto; su habla suavísima, que penetraba hasta